

## El nombrar y la nominación<sup>1</sup>

Graciela Berraute

En el seminario La Identificación, Lacan ubica el nombrar como poner nombre en el orden de lo simbólico. Como el nombre propio, que hace función de sutura en la ausencia de un significante que signifique. Pero el sujeto obtendrá otros nombres en lo que se desprende de sus dichos, en la escucha de su enunciación: una nominación que se ordenaría en el registro de lo real.

En el seminario Problemas Cruciales para el Psicoanálisis se refiere a la “acción de nominación”. Acción contingente (no cualquiera), no intencional como el “nombrar para”, que ocurre cuando la habladoría toca algo de lo real.”

Cuando la lengua hace fallar la gramática. O cuando en los intercambios que ocurren entre el significante y el significado, por ejemplo en una comunidad lingüística, el primero pasa insensiblemente por un costado del significado por donde no había pasado antes ( como entre nosotros, diría, el significante “desaparecido”).

En un análisis, dice J. M. Vapperau, por estas acciones se reforman los nombres propios.

Lacan, en el anexo del seminario El Sinthome, nomina a J. Joyce “Joyce el síntoma”, y dice que le da nada menos que su nombre propio. Cree, supone, que él se habría reconocido en la dimensión de la nominación.

En el dispositivo del pase la nominación de A.E. implica entrar en una serie, como nombre común. Diría que es lo contrario del “hacerse un nombre”.

En el seminario El acto psicoanalítico, se pregunta porqué nadie antes que él haya pensado en nombrarlo de este modo. Si no se habría pensado que en el Psicoanálisis había en alguna parte un acto, que lo más sencillo habría sido nombrarlo. “Hay que suponer que esa verdad estaba velada”.

Este comentario me recuerda a la interpelación que acerca del reconocimiento de la sexualidad infantil, Freud dirige a la comunidad científica: Si lo sabían, ¿porqué no lo decían?.

Está en juego, evidentemente, en lo que se dice y lo que no se dice, todo el orden de la transmisión.

También esto remite a que en el discurso del Psicoanálisis, respecto al campo de la verdad el saber está en otro lugar: “Hay en alguna parte una verdad que no se sabe, que se articula al nivel del inconciente, allí debemos encontrar la verdad de ese saber” (Seminario De un Otro al otro). Una verdad separada del saber.

---

<sup>1</sup> Trabajo presentado en las II Jornadas Xaos de la Clínica Analítica, 21 y 22 de octubre de 2022, Encuentro Clínico Lacaniano Asociación Psicoanalítica Río de la Plata

Pero parece asimismo estar planteado en esta trama el hecho del decir: Lacan interroga, quizás poniendo precisamente la articulación freudiana, acerca de un saber que se sabe pero que no se dice. En la clase nueve del Seminario RSI expone su posición rigurosamente: “Hallar el nudo borromeo sin buscarlo es como recuperar el error de Freud, lo que existe de él. No creo más que en el acto fallido, en tanto revela que es un tránsito, un error, y no una trascendencia. Soy sujeto, estoy tomado en este asunto porque me he puesto a existir como analista. No es una misión de la verdad”.

La errancia de Freud, aclara en el Seminario 21, es su matemática, su andar hacia que su discurso se ajuste al científico. En ese camino Lacan halla el cuarto nudo, que dará lugar a la función nominante al permitir discernir RSI.

Eric Porge en La letra del síntoma plantea algo que leo como un relámpago de transmisión: que este nuevo nudo explicita el Nombre del Padre que estaba implícito en el borromeo. ¿Qué significa? Que allí había, en esa dimensión implícita, un decir de Freud. ¿Cual? Que lo esencial es la función paterna. “Aporte sintomático de Freud”. Y aclara que no se trata de un nombrar metafórico, sino de un acto de nominación.

En esto se revela, a mi entender, un modo fundamental de entender la transmisión, en la articulación y diferencia del decir y del dicho, donde toma lugar en el discurso algo que estaba implícito. Tanto en el orden de la intención como el de la extensión.

En esa deriva, Lacan produce un movimiento donde el cuarto nudo permite pluralizar el Nombre del Padre, como una nueva nominación. Que ha advenido contingentemente, en ese “estar tomado en este asunto”.

Diría que da cuenta de una posición casi objetalizada, más cerca del hallazgo de un decir que de la búsqueda de una verdad. En este mismo sentido de la errancia, me pregunto: si la pluralización del Nombre del Padre introduce su barramiento, ¿podemos suponer que se abre allí la hiancia de otro goce que el fálico?

Por último, ¿esta hiancia será la que permite que la producción de una enseñanza produzca efectos de transmisión?

Y algo más, para desarrollar en otra oportunidad: ¿la acción nominante es aquello que se pone en juego en la sexuación? Tenemos acá una referencia lacaniana: que se trata de la misma operatoria, por así decirlo, que cuando se juega la autorización del analista. O sea, que no se trata del “nombrar para”, de una sutura simbólica, sino del producto de la errancia propia de la latencia de lo significable, del orden de la existencia del sujeto del inconciente. En el modo de goce del cual no sabemos, en la nominación de un deseo que adviene en tanto encuentra, contingentemente, una existencia.